

MIRET MAGDALENA

SCHILLEBEECKX, EL PERSONALISTA



Es un dominico de origen flamenco con cincuenta y tres años de edad, pelo blanco, sexto hermano de una familia de catorce hijos, y partidario del control responsable de la natalidad.

Por vivir en Holanda, donde la jerarquía es sumamente comprensiva —aunque menos avanzada de lo que se cree—, nunca ha tenido dificultades en su labor teológica. Es profesor de dogma de la Universidad católica de Nimega, y ha sido el censor eclesiástico que dio su visto bueno al famoso *Catecismo holandés*, del cual dijo en Estados Unidos: «Cuando se aprueba, dentro de poco, en la Iglesia este catecismo, no olviden que ya está quedándose anticuado».

También fue perito conciliar; pero sólo desde hace pocos años han empezado a conocerse fuera de Holanda sus trabajos teológicos. En castellano tiene solamente publicado el libro «Cristo, sacramento del encuentro con Dios». En esta obra plantea la acción sacramental no como la realización de unos actos impersonales, a modo de un ejercicio de mecánica espiritual, sino como algo personal, que se centra en el fundador del Evangelio en

persona, y que va al creyente también como persona. Todo vestigio de magia en la recepción de un sacramento, queda totalmente excluido de su exposición. Las demás obras escritas por él están traducidas al francés y al inglés.

Su manera de escribir tiene un cierto parecido con la de Rahner, si bien a veces un poco más oscura. Le falta también ahondar más profundamente en sus sugestivas ideas, como ha hecho su colega germano.

En 1963 —según contó él mismo a fin de año a los periódicos católicos americanos— empezó a dudar del planteamiento que se había dado hasta entonces del control de natalidad, porque se negaba exageradamente toda posibilidad actual y futura de usarlo, salvo el tan discutido método de la continencia periódica de Ogino-Knaus.

Durante la tercera sesión conciliar —sigue contando a los periodistas de Estados Unidos—, es cuando vio las cosas claras. El principio ético que debemos seguir —en esto y en todo problema moral— es bien claro: «la norma moral para las actitudes humanas en la vida, es siempre la norma personal, personalista».

«El cuerpo humano —dice— no es sólo una naturaleza humana... Y la Iglesia católica tuvo este criterio en todo menos últimamente en lo sexual. Sin embargo, no veo por qué debe haber esta diferencia entre el problema de la natalidad y los demás problemas humanos: lo que es ilícito es lo que va contra los valores personales del hombre, pero no lo que, como tal, esté sólo contra las estructuras biológicas, pues éstas no deben ser normas de moralidad...; por eso debe haber cambio en la enseñanza usual; aunque, a pesar de todo, la jerarquía eclesiástica holandesa está todavía dudando».

Durante los dos meses que estuvo en USA, comprobó que había una gran religiosidad entre los católicos de aquel país, pero dividida en dos tendencias: la conservadora y la progresiva. Aquella especialmente manifiesta entre los obispos; ésta, entre muchos fieles, sobre todo cultos, y en amplios grupos de clérigos. Tan alarmante ve Schillebeeckx esta falta de adaptación del episcopado americano que, al llegar a Holanda, declaró a principios de año al periódico *De Tijd*: «Hay una terrible falta de entendimiento entre los obispos USA y los fieles corrientes. Los obispos, con pocas excepciones, destruyen toda espontaneidad, mantienen una autoridad absolutista y centenares de sacerdotes son anulados en su acción o trasladados contra su voluntad. Probablemente en los próximos tres años uno de cada seis sacerdotes abandonará el sacerdocio».

Su trabajo sobre *El Matrimonio* es el más importante salido de pluma católica. Hasta ahora sólo ha publicado el primer tomo, donde estudia la historia del matrimonio en el Antiguo y Nuevo Testamento, y en la historia de la Iglesia. Sus conclusiones son de gran importancia para un mundo donde todo se seculariza. En su trabajo descubre, por ejemplo, que «hasta

el siglo VII no se encuentra ningún vestigio de matrimonio propiamente eclesiástico». La ceremonia civil o doméstica es, para los creyentes, el verdadero matrimonio, y por tanto el sacramento de la fe (como decían los escolásticos del siglo XIII) se realiza en ella.

Es cierto que el sacerdote, frecuentemente, recitaba, en aquellos primeros siglos, unas oraciones después pidiendo por la armonía conyugal futura; pero el mismo Papa Nicolás decretó que «no había ningún pecado grave en dejar sin realizar las ceremonias religiosas tras el matrimonio, con tal que se dé el consentimiento recíproco —en el acto de unirse hombre y mujer en el lazo matrimonial— entre los que se casan».

Como ve cualquiera que piense un poco en ello, las actuales ceremonias eclesiásticas —estrictamente obligatorias, salvo raras excepciones, en el derecho canónico actual— pueden ser simplificadas, cambiadas o aun suprimidas en el futuro de este mundo secularizado que vivimos. El valor de lo religioso, en aquellos actos que transcurren en la vida corriente en el mundo, debe estar cada vez más en lo personal, en la convicción interior expresada a través de los actos profanos, y no sólo en actos separados, establecidos eclesiásticamente, cuando no son imprescindibles, como este del matrimonio.

En el plano puramente intelectual, la labor fundamental de este teólogo está centrada en su obra, en tres tomos «*Búsquedas teológicas*».

Hoy se vive una profunda crisis respecto a los estudios teológicos, sobre todo por parte de los futuros clérigos en los seminarios; Schillebeeckx se hizo eco un poco profético de ella ya en 1953. En algunas épocas de ebullición —como el siglo XIII— recordaba que la Iglesia «se opuso enérgicamente a la introducción de los conceptos filosóficos en teología, incluso el Papa Gregorio IX condenó en 1228 "a los que filosofaban acerca de la doctrina sagrada"». Pero esto fue pasajero, y no debía ya ocurrir porque «la teología no es más que la misma fe vivida por un espíritu que piensa, y este pensamiento no puede pararse jamás». Por eso, no se puede mantener el misterio religioso en un oscurantismo de mal agüero, propio de subdesarrollados mentales, como algunas veces se nos quiere hacer creer.

Acepta básicamente Schillebeeckx la situación secularizada del mundo contemporáneo; y no cree que es todo negativo en ella, ni mucho menos. «El cristiano no debe sólo trabajar por el cielo, sino que es igualmente responsable de la tierra y de su porvenir». Por eso piensa que no hay que asustarse de que hoy la gente no ruegue ya a Dios para que les libere del rayo y la tempestad —como se hacía en las antiguas letanias—, porque han averiguado que es más eficaz poner en el techo un pararrayos. Hasta ahora «habíamos mirado a Dios como algo que debía traernos ventajas a nuestra vida; y ahora comprendemos que es nuestra vida humana la que resulta ser un servicio a Dios».

Tampoco se atemoriza nuestro teólogo, al revés del temor que tienen algunos católicos, ante la obra radical del obispo anglicano de Woolwich, J. A. Robinson, titulada *Sincero para con Dios*. Es Schillebeeckx el que más se ha acercado —en su pensar cristiano— a este best-seller inglés de la vulgarización teológica.

Su apertura se muestra también en afirmaciones como ésta: «Lutero y Calvino han tenido una buena intuición: que la Iglesia se debía acercar más a su estructura evangélica —aunque bajo una modalidad que sea actual—, pero no debieron salirse los reformadores de la Iglesia para ello». Cita también con agrado a aquellos que querían para la Iglesia que la autoridad eclesiástica «hable de sentido de la caridad jerárquica, y no de potestad o poder; ya que tantos obispos han pedido (durante el Concilio) que la autoridad eclesiástica se manifieste como caridad, servicio y pobreza» (*La Iglesia de Cristo y el hombre de hoy*).

Piensa con toda razón que habría que hablar más de las iglesias locales vitales, que no de la gran institución jurídica de la Iglesia, porque «es precisamente en estas comunidades cristianas donde se decide la suerte de la Iglesia, y no en Roma» (ídem). Y «en Europa, los sociólogos han abandonado la noción de parroquia como algo puramente territorial; y, por eso, yo preveo para el futuro comunidades y no sólo parroquias territoriales» (*The National Catholic Reporter*, 13 diciembre de 1967).

Y ahora escribe un libro sobre «los principios para reinterpretar el dogma, el Evangelio y la tradición de la Iglesia», ya que no se asusta de esta adaptación necesaria a nuestra cultura.